

ROBERTO.- [Con pavor.] ¡No sé nada!

VOZ DE POLICÍA.- Si no lo sabes, te lo diré; tú mejor amigo recibía órdenes de su grupo, y te usó para sus fines. Nosotros lo supimos todo desde el principio. ¿Eh, qué dices? [Golpe.]

ROBERTO.- [Dudando.] ¡No es cierto!

VOZ DE POLICÍA.- ¿Quién financió los gastos de viaje? [Silencio y golpe sin lograr respuesta.] No me digas que tres estudiantes tienen dinero para ir a Europa, ¡fue el grupo!

ROBERTO.- ¡No sé de qué me habla!

VOZ DE POLICÍA.- ¿Era Marie parte del grupo? ¡Las europeas son terribles!

ROBERTO.- No, ella no, ni yo.

VOZ DE POLICÍA.- Además de dar clases de alemán y mantenerte, ¿a qué se dedicaba?

ROBERTO.- ¡No me mantiene! Yo trabajo y estudio, y tengo que ayudar a mi madre.

VOZ DE POLICÍA.- Y cuando corrieron a Marie de la escuela por vivir en amasiato contigo, ¿qué hizo?

ROBERTO.- [Desesperado.] ¿Quién le ha contado todo eso?

VOZ DE POLICÍA.- Marie.

ROBERTO.- [Ahoga un grito.] ¡Es mentira! ¡Ella está en Viena! [La silueta del viejo guardia se empieza a perfilar.]

VOZ DE POLICÍA.- No, ella está aquí, acabo de interrogarla.

ROBERTO.- ¿La torturó?

VOZ DE POLICÍA.- ¡Ja, ja! ¿Quieres hablar con ella?

ROBERTO.- [Con gran esperanza.] ¡Sí!

VOZ DE POLICÍA.- Anda, toma el teléfono, ella te ha estado escuchando. [Roberto toma un auricular.]

ROBERTO.- ¡Marie, Marie, te amo..! [No hay nadie en la línea, llora desconsolado.]

VOZ DE POLICÍA.- Nosotros podemos salvar a Marie.

ROBERTO.- ¡Maldito! [Golpe.]

VOZ DE POLICÍA.- La acaban de sentenciar a 25 años de cárcel por robo a su país.

ROBERTO.- ¡No es cierto! ¡Me está mintiendo!

VOZ DE POLICÍA.- [Con desprecio.] Lo dijo la prensa hoy, su país no la perdonó.

ROBERTO.- ¡No es justo, no es justo! [Golpe.]

VOZ DE POLICÍA.- La justicia no existe, solamente el orden.

ROBERTO.- ¡Quiero ver al Presidente!

VOZ DE POLICÍA.- Tú y yo estamos mil estratos abajo del Presidente. Él nunca sabrá que yo existo, y tu puedes morir y nunca nadie saber más de ti. [Golpe.]

Se comienza a oír un interrogatorio similar en alemán. La voz de Marie se escucha claramente. Roberto la reconoce.

ROBERTO.- ¡Marie, Marie!

La voz en alemán se confunde con la Voz del policía.

VOZ DE POLICÍA.- ¿Has probado LSD? En los ritos aztecas que Fernando organizaba, ¿hacían sacrificios humanos? [Roberto está en el clímax del tormento, está caído; solamente el viejo guardián se apiada del él.] ¡Es todo con él! ¡Ahora tráigame de nuevo al otro! [Oscuro instantáneo.]

Escena VII

En el centro de la escena vemos crear el fuego usando el método del tornillo movido por un arco que nos recuerda al de un violín. El viejo guardia ha iniciado la ceremonia del Fuego Nuevo. El primer fuego ilumina la escena y poco a poco descubrimos a los tres amigos. Con aquel primer fuego se encienden tres velas, y después otras más; hasta que la luz de las velas nos permite descubrir al Presidente, al intelectual y al Padre de Fernando. Los tres amigos, plenos de felicidad, les entregan fuego con sus velas, y con el fuego nuevo prenden otras velas; hasta que la escena refulja con luz titilante. El público puede recibir el mensaje del fuego nuevo. Un apoyo musical hechiza la escena. Oscuro final paulatino.]

Escena VIII

En la pantalla de un televisor, vemos el Intelectual que está haciendo comentarios en un noticiario.

INTELECTUAL [TV].- Ayer se cerró el famoso caso del penacho de Moctezuma. Esta noticia que bien podía haber sido una novela de misterio, no llegó al desenlace esperado. Hoy informó el gobierno austriaco que el Penacho no sería devuelto por "ser parte del patrimonio universal que todos los pueblos poseen y que a todos los pueblos pertenece". Hace seis meses la prensa mundial dio la noticia del robo, hoy ya nadie lo recuerda. Podemos concluir que el penacho de Moctezuma ni fue ni será un símbolo que mueva a México. [Se comienza a iluminar la figura del Presidente que ve el programa televisivo.] Nuestro país ya cuenta con símbolos de gran raigambre: La Virgen de Guadalupe, y, ¿por qué no decirlo?, la madrecita mexicana. No necesitamos de un nuevo emblema [El Presidente se dirige a apagar el televisor cuando la voz del locutor dice.] El señor Presidente dijo hoy ante el Congreso de la Unión:

PRESIDENTE.- [Televisado.] México ha continuado el camino del progreso. Cada vez está más cercano el día en que cada mexicano tenga todo lo necesario. La integración de los diversos núcleos de poder ha sido la razón de nuestro desarrollo.

Por primera vez en la historia vemos que todos los mexicanos sienten y trabajan por un destino común. No existe mexicano que no sepa leer y escribir. El nivel de desempleo es el mínimo para que la economía del país esté en equilibrio. En una palabra, por primera vez en la historia, México tiene hegemonía propia y puede gloriarse de ser "el cuerno de la abundancia" que generaciones anteriores a la nuestra soñaron con tener, y que hasta ahora realmente alcanzamos. [El Presidente apaga la televisión y camina unos pasos pensativo. La imagen televisiva misteriosamente reaparece y se dirige al presidente de carne y hueso.] ¡Eh, tú, amigo! [El Presidente no responde.] ¡A ti te hablo! ¿De verdad está feliz con tu México? [El Presidente de espaldas al televisor no reacciona.] ¿Crees que México ha llegado a la culminación de los tiempos? ¿No te cansas de vivir esta farsa?

PRESIDENTE.- [Mirando a la televisión.] ¡Cállate!

PRESIDENTE [TV].- ¿Por qué me voy callar? Tú y yo sabemos lo que es cierto y lo que no lo es. A mí no me puedes engañar.

PRESIDENTE.- Yo nunca he pretendido engañar a quien no quiera ser engañado. ¡Déjame en paz!

PRESIDENTE [TV].- Te voy a dejar en paz por un instante, solamente quiero que me contestes una pregunta: ¿Crees que México tenga aún esperanza? [Silencio de ambos.] ¿Una esperanza tan grande como la de esos jóvenes del penacho?

PRESIDENTE.- ¡No quiero hablar de eso!

PRESIDENTE [TV].- ¡Pues yo sí?

PRESIDENTE.- ¡Yo no fui responsable!

PRESIDENTE [TV].- Entonces, ¿quién fue responsable? ¿México?

PRESIDENTE.- Habían estado en un grupo subversivo.

PRESIDENTE [TV].- ¿Y esa fue razón para matar a Fernando?

PRESIDENTE. - ¡Fue un accidente! No sabían que era cardíaco.

PRESIDENTE [TV].- Investigaron todo, menos eso.

PRESIDENTE.- Ya nada se puede hacer.

PRESIDENTE [TV].- ¿Y México nada sabrá?

PRESIDENTE.- Si lo supiera nada cambiaría.

PRESIDENTE [TV].- ¡Es una oportunidad para pensar! ¡Tú no puedes ser ahora el mismo que antes!

PRESIDENTE.- [Con gran ira.] ¡No soy el mismo, ahora me siento más impotente!

PRESIDENTE [TV].- ¡Tú solo no puedes mover este país! ¡A cien millones de mexicanos no los puede mover un hombre!

PRESIDENTE.- [Con frustración.] ¡Yo no puedo ser su corazón!

PRESIDENTE [TV].- La ventaja de los sexenios estriba en que los mexicanos viven los primeros tres años del sexenio de fe, y los siguientes tres de esperanza del próximo sexenio; y así nadie se siente defraudado, ni nadie percibe el proceso de desintegración de su historia. Tú ya los has hechos perder la fe, ahora alientan la esperanza de que el próximo presidente salve a su México.

Un anuncio televisado de marcado extranjerismo interrumpe la ensoñación del Presidente. Éste apaga la televisión con irritación. La figura del padre de Fernando es perfilada y hacia ella se dirige el Presidente.

PRESIDENTE.- Señor, me apena verlo en esas circunstancias, por eso lo he hecho venir.

PADRE.- Usted tiene un hijo de la edad de Fernando y puede comprenderme.

PRESIDENTE.- Reciba mi pésame; de verdad le suplico que sea usted el que me comprenda.

PADRE.- ¡Yo no lo entiendo! Fernando nunca fue un hijo apegado, desde su adolescencia lo perdí; pero ahora he comenzado a fantasear con la idea de que pudimos ser amigos. ¿Por qué lo mataron?

PRESIDENTE.- ¡Fue un accidente!

PADRE.- Eso me dijeron.

PRESIDENTE.- ¿Cómo era Fernando?

PADRE.- [Como recordando.] Inquieto, fue muy travieso desde niño; deportista, fíjese, ¿qué ironía? Era un joven no domesticado. ¿Por qué me lo pregunta?

PRESIDENTE.- Porque había algo en él que no he podido encontrar en otros mexicanos. Nadie robaría un penacho. El debió tener fe en México.

PADRE.- Era un soñador, no estaba preparado para enfrentarse a la vida. Quería ser arqueólogo y encontrar en esas piedras el destino de México ¡Pobre Fernando, murió sin alcanzar nada! Eso es lo que más me duele.

PRESIDENTE.- ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

PADRE.- Nada pido... bueno quizás una cosa. Si usted pudiera hacerme sentir que mi hijo no murió en vano, me daría un gran consuelo. Ayude a esa muchacha, diez años de cárcel son muchos.

PRESIDENTE.- [Con gran tristeza.] Nada puedo hacer por ella; y el penacho no puede volver.

PADRE.- ¿Y quién quiere el penacho? ¡Yo no!

PRESIDENTE.- [Desconsolado.] ¡Ni México tampoco! [Oscuro paulatino.]

Escena IX

El rostro de Marie es iluminado lentamente; dirige su monólogo hacia un punto perdido en el fondo del teatro.

MARIE.- [Con inmensa nostalgia.] Nunca te pude hacer entender mi cariño, estaba más allá de tus parámetros. Poco tiempo nos duró, pero no me arrepiento porque tu cuerpo en cada momento, hizo llamados a mi cuerpo, y porque tu alma, aunque escurridiza a veces, alumbró mi camino con múltiples ternuras. Cuando te conocí venía ladera abajo, y tú pudiste haberme detenido, pero hay tanto que tú ignoraste de mí. ¡Vida tu fotografía y la plenitud del instante! ¡Muerta mi amor y el ansia de lo eterno!

Ahora estoy lejos y todo se ha perdido, solamente queda la nostalgia de ese espíritu de América que tú llamabas burdo, y que yo bauticé de "la niña América". Las almas europeas nacemos viejas, cargadas por el otoño de la historia; las almas de América se conservan joviales, son las promesas primaverales que hoy tiene la humanidad.

Se escucha en la lejanía un timbrazo telefónico con impertinencia, y aparece simultáneamente la figura de Roberto en el otro extremo del proscenio. Mira hacia público y tiene en sus manos un auricular.

ROBERTO.- [Su voz es amplificadas electrónicamente, los personajes pueden verse, pero no acercarse mutuamente.] ¡Marie! ¡Marie!

MARIE.- ¡Roberto!

ROBERTO.- Intenté hablar por teléfono contigo muchas veces, pero hasta ahora me lo permitieron. ¿Cómo estás?

MARIE.- [Controla su emoción.] ¿Tú, cómo estás?

ROBERTO.- ¡Triste, porque no estoy contigo!

MARIE.- ¿Cómo está Fernando?

ROBERTO.- No sabes que... [Interrumpe.] Te envía como siempre su cariño. He querido saber de tu juicio pero...

MARIE.- [Corta.] ¡Pss! No digas nada, podrías comprometerme.

ROBERTO.- ¡No me importa que sepan que te quiero!

MARIE.- [Después de un instante.] ¡Yo también!

ROBERTO.- ¿Por qué no has contestado mis cartas?

MARIE.- Nunca las recibí.

ROBERTO.- En todas te pedía que te casaras conmigo.

MARIE.- [Con emoción.] No, Roberto, ya no es tiempo.

ROBERTO.- ¡Yo te quiero!

MARIE.- Ya no soy libre, el tiempo se pasará y nunca podré ser tu esposa. Olvídate de Viena [Llora.] y funda un hogar con una mexicana.

ROBERTO.- ¡Marie, yo te quiero a ti!

MARIE.- Ya no te puedo querer.

ROBERTO.- He madurado, sé lo que quiero. Ahora sí puedo ser tu esposo y tener un hijo.

MARIE.- [Aparentando vivacidad.] ¡Me da mucha alegría saberlo! Aquí, no ha sido fácil, ahora soy yo la que no está psicológicamente preparada. Adiós y que [Gimotea.] Quetzalcóatl te acompañe. [Desaparece su figura tragada por la oscuridad.]

ROBERTO.- ¡No, Marie! ¡No cuelgues! ¡Marie! [Al público.] ¡No hay nadie que pueda oír mi súplica! Hace meses tenía un amor mayor del que pude merecer. Ya no existe. Mi mejor amigo, muerto. ¿Por qué me metí en esta locura? ¡Sólo sé que han tanto sufrimiento humano sin redención en este patria! ¿A poco ustedes no han pensado en hacer algo para que de una vez por todas alcancemos la plenitud humana? ¿Por qué la felicidad no viene natural? Yo cometí el pecado de presunción al sobreestimar a los mexicanos. ¡Nadie nos puede salvar! ¡Ni Dios!

La figura de Roberto permanece visible como puente para la siguiente escena.

Escena X

La luz ilumina al Presidente, sentado, y a Roberto, de pie

PRESIDENTE.- Acércate y estrecha mi mano [La tiende inútilmente.]

ROBERTO.- ¡Vine porque me obligaron!

PRESIDENTE.- [Sincero.] Siento en el alma todo lo que ha pasado.

ROBERTO.- Pero usted sigue siendo presidente y Fernando ya no existe.

PRESIDENTE.- ¿Y tú?

ROBERTO.- Yo.. yo ya tampoco existo. Marie, ¿la recuerda? ¡Nunca volveré a verla!

PRESIDENTE.- Nada puedo hacer por ayudarte. Hicimos lo imposible. Hasta devolví el penacho esperando salvarla.

ROBERTO.- ¡Pues no lo logró! ¿Diez años de cárcel le parecen justos? ¡Ella no los va a soportar.. ni yo tampoco!

PRESIDENTE.- ¿Por qué robaste el penacho?

ROBERTO.- ¡Ya no lo recuerdo!

PRESIDENTE.- ¿Tienes fe en México?

ROBERTO.- ¿La tiene usted?

PRESIDENTE.- El penacho.. me la quitó.

ROBERTO.- ¿El penacho?

PRESIDENTE.- En la embajada tuve el penacho en mis manos; estaba solo; lo así fuertemente y lo puse sobre mi cabeza; quería palpar lo que se sentía ser rey azteca.

¡Sentí un gran pavor, mi cuerpo comenzó a temblar! Por un instante comprendí lo que significa la responsabilidad de los destinos de un pueblo. Muchas veces he vuelto a pensar en ese momento, buscando la verdad de México. Antes estaba tan seguro de estar en el camino correcto, pero desde ese día perdí toda esperanza.

ROBERTO.- ¡Y aún así dejó que mataran a Fernando!

PRESIDENTE.- ¡Tú no comprendes lo inerte que está un presidente!

ROBERTO.- Yo un día tuve fe en usted, pero ahora me avergüenzo de ser mexicano.

PRESIDENTE.- ¡Tú puedes salvar a México!

ROBERTO.- Nadie puede salvar a México.

PRESIDENTE.- ¡Yo no puedo porque no logro balancear el poder con mi deber! Nadie puede ser un gran presidente de México.

ROBERTO.- ¿Qué esperanza puede tener México con nosotros?

PRESIDENTE.- [Desesperado.] ¡El penacho no hubiera cambiado nada! ¿No lo comprendes? No necesitamos un símbolo, sino millones de voluntades que no tengan más fe ni más esperanza que en el esfuerzo generosos.

ROBERTO.- Entonces, ¿todo nuestro esfuerzo fue inútil?

PRESIDENTE.- Me temo que sí.

ROBERTO.- ¡Yo venía desesperado! Ahora siento como si mi dolor tuviera menos importancia. No hay nada que usted pueda hacer por mí; ni nada que yo pueda hacer por usted. ¡Pero a pesar de eso, México tiene que salvarse!.

PRESIDENTE.- ¡Ahora eres libre! [Roberto abre los ojos con perplejidad y miedo. Se miran emocionados y se estrechan la mano antes negada. Oscuro paulatino.]

Escena Final

Los diálogos que continúan deben recordar a los del inicio del primer acto, como un "deja vu" dramático, un instante ya vivido. Es la escena real del robo del Penacho; todo lo anterior solamente fueron las sombras del miedo. Dos figuras humanas cruzan la escena y, con agilidad gatuna, trepan al exhibidor del penacho, quedando encerrados en el triángulo luminoso cuyo vértice apunta al público. Son Fernando y Roberto; su respiración está agitada y sus rostros se ven marcados por las señales del miedo.

FERNANDO.- [Después de un instante para tomar respiro; habla casi con susurro.]
¡Nadie nos vio!

ROBERTO.- ¡Creí que no lo lograríamos!

FERNANDO.- ¡Cállate! [Con las palmas de las manos recorren el espacio de su cárcel por una noche.]

ROBERTO.- ¡Lo pensé más espacioso!

FERNANDO.- ¡Pss! Nos puede oír el guardia.

ROBERTO.- [Pretende sentarse, solamente lo logra en cuclillas.] Marie debe estar saliendo del museo ahora.

FERNANDO.- ¡Pss! [Señala a alguien que pasa.]

El viejo guardia recorre la sala como parte de su itinerario al cerrar el museo; mientras camina juguetea con unas llaves, su tintineo suena amenazante. Nos sorprende que cargue una pintura moderna. Hace mutis lento, tragado por las obscuridades de donde había aparecido.

ROBERTO.- Tenemos dos horas de descanso

FERNANDO.- En esta noche no hay descanso

ROBERTO.- Marie debe estar vigilando el museo desde la distancia.

FERNANDO.- Deja de pensar en Marie.

ROBERTO.- Cada momento me parece el plan más estúpido.

FERNANDO.- Ayer te pareció el más brillante

ROBERTO.- Eso si no nos atrapan.

FERNANDO.- No nos pueden atrapar.

ROBERTO.- Ahora Marie ha de estar en los jardines del Palacio; con la bolsa de tejido que esconde la bomba [Marie aparece.]

MARIE.- Roberto y Fernando están al acecho. Roberto se acaricia la barba [Cierto.]

FERNANDO.- Los empleados del museo han comenzado a llegar

ROBERTO.- Un guardia abre la puerta de ingreso al personal del museo.

MARIE.- Entran varios empleados

FERNANDO.- Las luces de las salas son encendidas.

ROBERTO.- La ronda nocturna termina en noche de vigilia.

MARIE.- Varios turistas esperan a que abran el museo.

ROBERTO.- [Cada vez el ritmo es más acelerado.] El corazón de Marie ha comenzado a agitarse.

FERNANDO.- En sus manos sobra la humedad que necesita su boca seca.

ROBERTO.- Sus manos acarician la bomba [Cierto.]

MARIE.- [Casi con vértigo.] Roberto se prepara para romper la vitrina [La figura de Marie, poco a poco, se esfuma.]

FERNANDO.- Son las 9:00, la puerta principal se abre.

ROBERTO.- Marie está escondida entre los turistas. Un nuevo día del museo ha comenzado.

FERNANDO.- 9:02; Marie se dirige a la tienda del museo.

ROBERTO.- 9:03; coloca la bolsa con disimulo sobre el mostrador.

FERNANDO.- Toma el obturador con el dedo índice y lo jala.

ROBERTO.- 9:04; tenemos un minuto y medio para huir con el penacho después de la detonación.

FERNANDO.- ¿Y si a Marie le descubrieran la bomba?

ROBERTO.- ¿Y si Marie se hubiera acobardado?

FERNANDO.- ¿Y si Marie se hubiera arrepentido [Un sonido de percusión anuncia la gran explosión y va en aumento durante la siguiente letanía.]

ROBERTO.- ¡Ya no hay miedo, la espera de toda la noche ha terminado!

FERNANDO.- No me importa si puedo perder a mi padre.

ROBERTO.- Puedo sacrificar mi libertad.

FERNANDO.- No me importa si pueden matarme.

La figura de Marie regresa.

ROBERTO.- No tengo miedo al dolor.

FERNANDO.- Podría desasirme de la arqueología.

ROBERTO.- Si por esta aventura pierdo a Marie, no me importa.

MARIE.- Aún sabiendo que arriesgo mi libertad, vale la pena.

FERNANDO.- Si fracaso y la gente me rechaza, no me interesa.

ROBERTO.- Aún si México no comprende nuestro esfuerzo.

MARIE.- Aún si los niños no aprenden a amar su historia

FERNANDO.- Aún si las familias reniegan de nuestro proyecto.

ROBERTO.- Todo lo doy por bien perdido.

MARIE.- Todo lo doy por mis amores.

FERNANDO.- Todo lo doy por mi patria.

MARIE.- ¡Aléjate miedo, que me haces timorata!

ROBERTO.- ¡Mi esperanza me dice que México cambiará!

FERNANDO.- ¡Hay tanto que México debe hacer para alcanzar su historia!

MARIE.- ¡Europa está muerta, viva América!

ROBERTO.- No me importa haber vivido esta noche terrible.

FERNANDO.- ¡Dioses de piedra, estáis con nosotros o no sois dioses!

ROBERTO.- ¡Ya no tenemos miedo! ¡La espera de toda la noche ha terminado!

El estruendo de la bomba llega a su clímax; gritos y carreras llenan la sala. En la cámara lenta Roberto y Fernando mueven el exhibidor; la luz estroboscópica nos permite ver cómo rompen el gran vidrio del exhibidor, y por primera vez vemos el Penacho de los Mexicas ¡Es lo más bello que hemos visto en la vida! Los dioses antiguos repiten su letanía en lenguas muertas. El guardia nocturno sonrío con ojos transidos de esperanza. La verdadera aventura de los tres incautos comienza en este instante. Fin de la obra. Oscuro instantáneo y telón.

15 al 27 de septiembre de 1980

Filadelfia, Pensilvania - Villa Hermosa, Tabasco